

EL PADRE FRAY ALBERTO GARCÍA VIEYRA O.P.

I.- Cronología de su vida

Jaime Antonio Alberto García Vieyra nació en Córdoba, el 7 de abril de 1912. Sus padres fueron el Contador Jaime García Vieyra y su señora Dolores Losada.

Realizó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Monserrat de Córdoba, egresando como bachiller a fines de 1929. Luego ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba, en la que cursó hasta tercer año.

En su condición de niño, y luego de joven, se distinguió por sus condiciones de patriota y de cristiano católico. Apareció como un nacionalista católico.

Descendió sobre él la vocación sacerdotal y religiosa. Respondiendo a su llamada, dispuso su ingreso a la Sagrada Orden de Predicadores. Tomó el hábito blanco y negro de los dominicos en el Convento de Santo Domingo de Córdoba, el 21 de enero de 1934. Allí, simplificó su nombre. Y quedó como Fray Alberto García Vieyra. Realizó su profesión religiosa simple, el 22 de enero de 1935.

Estudió dos años de Filosofía en el Convento de S. Domingo de Córdoba. En 1937, realizó otro curso de Filosofía en Buenos Aires (por traslado del Estudio, a principios de 1937). Viajó a Roma, a donde llegó en octubre de ese mismo año 1937. En Roma, realizó sus estudios de Sagrada Teología en el Instituto Angelicum (actualmente, Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino de Roma). Allí terminó sus estudios académicos con un Doctorado en Teología. Título de su tesis doctoral: Los dones del Espíritu Santo según San Alberto Magno. Fue ordenado sacerdote el 16 de julio de 1939. Terminada su carrera académica, pasó algunos meses en España. Y desembarcó, de vuelta en la Argentina, en B. Aires, el 11 de enero de 1943.

En la Argentina estuvo en varios Conventos. En Mendoza, trabajando en la Parroquia de S. Domingo y en el Colegio S. Tomás de Aquino, del cual llegó a ser Director. En 1947-1948, en Córdoba. En 1949 fue asignado al Convento de B. Aires como profesor de Filosofía. Entre 1951-1955 estuvo en Molinari, Córdoba en la Escuela Apostólica Dominicana (Seminario Menor). Allí estuvo como Director Espiritual y como profesor de humanidades. También se desempeñó como profesor de religión en la Escuela primaria Manuel I. Moyano.

Como consecuencia de la persecución religiosa del año 1955 y del traslado de los Estudiantes religiosos dominicanos argentinos a Chile, estuvo algún tiempo en el país vecino, como Encargado de los Estudiantes y cumpliendo funciones educativas.

Fue trasladado a B. Aires en los primeros meses de 1956, para enseñar en el Estudio dominicano y en el Consejo Superior de Educación Católica (Consudec). Fue profesor en la Universidad Católica Argentina, por un tiempo. En 1959 empieza una enseñanza de Teología dogmática en el Estudio dominicano. Se constituye en cofundador, codirector y colaborador en la revista Estudios Teológicos y Filosóficos, que se inaugura en ese mismo año. Misionero en el barrio Lacarra.

Concurrió al Capítulo General de la Orden de S. Domingo celebrado en Bogotá (Colombia), en el año 1965, como representante (Definidor) de los Dominicos Argentinos.

Estuvo en el Convento de S. Domingo de B. Aires hasta principios del año 1973. Allí enseñó principalmente en el Estudio dominicano y en el Centro de Estudios San Alberto Magno. Su partida de B. Aires estuvo relacionada, sin duda, con las grandes luchas teológicas, desatadas, especialmente, a partir del Concilio Ecuménico Vaticano II. Los tiempos nuevos, más liberales o progresistas, predominantes en muchos hombres de posiciones con mando o influencia, no se compatibilizaban demasiado con el espíritu tradicional del P. Fr. Alberto García Vieyra.

En S. Juan fue profesor de la Universidad Católica de Córdoba y del Bachillerato Humanístico S. Domingo. (1)

Finalmente fue asignado al Convento de S. Domingo de S. Fe. Fue designado superior del mismo con fecha 24 de febrero de 1976. Continuó, como Superior, hasta febrero de 1982. Estando en S. Fe, actuó especialmente en el Centro de Estudios Superiores “S. Jerónimo”, en la Tercera Orden Seglar y en otras instituciones dominicanas. Fue Capellán en el Hospital Italiano. Misionero en el barrio “La Loma”. Enseñó Teología en el Seminario de Paraná. Etc. Falleció en S. Fe, el 21 de diciembre de 1985, como consecuencia de un golpe que sufrió una noche, estando de guardia en el Servicio Sacerdotal de Urgencia. Entre sus hermanos religiosos en el Convento de S. Fe, por esta época, aunque en distintos tiempos, se encontraron los Padres y religiosos dominicos Alberto Beltrocco, Marcos Rodolfo González, Mario Agustín Pinto, Domingo Renaudière de Paulis, Hugo Raya, Salvador Santore.

II.- Publicaciones

El historiador dominicano P. Fr. Rubén González hizo una recopilación de algunos de los títulos que corresponden a sus libros y folletos, señalando que publicó también numerosísimos artículos en revistas y periódicos

“1) Ensayos sobre pedagogía según la mente de Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires, Dedebec, 1949. 199 p.

2) Los dones del Espíritu Santo según San Alberto Magno, Buenos Aires, 1954. Tesis doctoral, presentada en Roma, en 1942 y publicada con algunas ampliaciones referentes a Santo Tomás de Aquino.

3) El despertar de la vida espiritual. Virtudes y temor de Dios, Buenos Aires, 1958. Perfeccionado más tarde en una segunda edición con el título:

La espiritualidad cristiana ascético-mística. Virtudes y temor de Dios, Santa Fe, 1985. 48 p. (mimeografiado).

4) El error del progresismo, Buenos Aires, 1964. 24 p.

5) Política educativa, Buenos Aires, Huemul, 1967. 315 p.

6) La devoción a la Santísima Virgen, Buenos Aires, Ediciones Santo Domingo, 1967. 203 p.

7) El rosario y sus misterios, Santa Fe 1977. Segunda edición: Ediciones Mikael (n.15), Paraná 1982. 154 p.

8) El paraíso o el problema de lo sobrenatural, Santa Fe, ediciones San Jerónimo, 1980. 79 p.

9) Los padres del desierto. Las fuentes de la vida, Santa Fe, Ediciones San Jerónimo 1981. 120 p.

10) La realeza de Cristo. Bases materiales de la cristiandad, Santa Fe, 1985. 37 p. (mimeografiado).

11) Memorias de un semivivo, Buenos Aires, Editorial Nuevo Orden, 1966. 180 p. (publicado con el seudónimo Kanef-Maraj).” (2)

También “numerosos artículos publicados en revistas y diarios: Ortodoxia, Sapientia, Estudios Teológicos y Filosóficos, Verbum, Cruzada, Roma, Cabildo (Buenos Aires), Los Principios (Córdoba), Revista de Teología (La Plata), Philosophia (Mendoza), Mikael (Paraná), Norte, El Rosario (Tucumán), Philosophica (Valparaíso, Chile).” (3)

Añadimos: Temas Fundamentales de Catequesis, Ed. Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe de la Vera Cruz, 1995. Artículos en la revista Cuadernos de Espiritualidad y Teología, Ed. Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, Argentina. Etc.

III.-Personalidad del P. Fr. Alberto García Vieyra O.P.

1.- Formalidad cognoscitiva de mi enfoque

Conocí al P. Fr. Alberto García Vieyra, en el mes de marzo del año 1958, en el Convento de S. Domingo de Buenos Aires. Aconteció esto, cuando fui a esa ciudad y Convento, para recibir el hábito e ingresar como novicio en la Sagrada Orden de Predicadores.

Tuve el honor de acompañarlo en su enfermedad, agonía y entierro, en S. Fe, en el año 1985. Estando él vivo, aunque muy enfermo, en la sección de terapia intensiva del Hospital Italiano, de S. Fe, fui a atenderlo sacerdotalmente, y al final lo bendije con la hostia que llevaba en una cápsula. Él se dio cuenta de lo que yo hacía; y tuvo, de su parte, un gesto receptivo y de gratitud. Después, en otro momento distinto, ya lo encontré muerto.

Siendo Hermanos en la Orden de S. Domingo, en la Provincia Argentina de S. Agustín, estuve con él, en distintas oportunidades. Durante varios años compartimos la vida fraterna, especialmente en los Conventos de S. Domingo de B. Aires y de Santa Fe. Leí algunos de sus escritos. Asistí a sus clases de Teología, en mi época de Estudiante de Teología, en el Estudio Provincial de la Orden, en el Convento de S. Domingo de B. Aires (1962-1964). De esa época recuerdo especialmente sus clases sobre la Santísima Trinidad, la gracia y su exposición sobre las epístolas de S. Pablo. Habiendo tenido bastantes profesores en mi vida de estudiante, algunos de ellos realmente valiosos, al final, no pude menos que reconocerlo, con gratitud, como mi maestro. Conversé con él sobre Teología, Filosofía, política, y especialmente sobre la vida de la Iglesia. Las reflexiones mías del presente, se basan más en las experiencias vividas con él, directamente, que en sus escritos.

2.- Aspectos generales de su personalidad y algo de su condición como joven laico

Externamente, no tenía una figura demasiado agradable. Por una cierta joroba; por un cierto olvido de sí mismo; y porque no tenía una voz potente, como lo exigían los públicos numerosos que tuvo que afrontar en su vida. Era un hombre serio. Y dentro de su seriedad, era también gracioso y cómico, en alguna proporción.

Tenía una personalidad elevada y noble. Se lo reconocía como a un señor. Como a un hombre que estaba en lo sagrado y era digno de ser amado. Con defectos perdonables.

Tenía una elevada condición humana y cristiana que le venía ya de familia. E incluso de raza. Porque pertenecía al sector católico aristocrático de Córdoba. Se mostraba contento con ser de Córdoba, aunque remarcaba que no era de la ciudad, sino de las sierras.

El fondo familiar y cordobés, y sus juveniles intervenciones en el nacionalismo argentino de la época, estaban en la base de su formación previa, a su entrada en la Orden Dominicana. En esa época el nacionalismo argentino se basaba en una atención respetuosa hacia la religión católica; en una admiración a la herencia cultural y racial hispanoamericana; en una visión histórica revisionista favorable a Juan Manuel de Rosas y a los caudillos federales, como Estanislao López, Ramírez, Bustos, Facundo Quiroga, etc., que se dieron a continuación de los próceres de la Independencia. Los jóvenes tenían un patriotismo de tono heroico y poético. La reacción contra el liberalismo extranjerizante y burgués estaba en ellos. Me contó el P. Fr. García Vieyra, que en su época los jóvenes hicieron una marcha patriótica; pero que, como no tenían armas, desfilaron con palos.

En esta época están también sus estudios de medicina, no terminados, que le influyeron positivamente toda su vida. Pero no era muy amante de los artificios de la medicina. Porque él pensaba mucho en las reacciones curativas de la naturaleza humana, contra las enfermedades.

3.- Forma, actividad y proyección como sacerdote y religioso dominico argentino.

En la época juvenil del P. Fr. Alberto García Vieyra, la formación y los estudios de los sacerdotes y religiosos católicos se realizaban, remarcadamente, y con mayor o menor perfección, en el marco de la Escolástica, que viene a ser como la destilación de la enseñanza de los maestros católicos, realizada durante siglos, en la Iglesia. En la Orden de Santo Domingo se destacaba la preeminencia indudable de S. Tomás de Aquino, Príncipe de la Escolástica y Doctor Común de la Iglesia. Y esto, con referencia a la Sagrada Escritura, a la Sagrada Tradición y al Magisterio de la Iglesia.

En la vida religiosa y de preparación al sacerdocio, el tiempo de formación intelectual, es simultáneamente de formación espiritual. El joven Fr. Alberto, siempre estuvo destacado por su buen comportamiento. De manera que, desde el comienzo de su actuación en el orden público del Apostolado, estuvo suficientemente provisto, para sembrar la palabra de Dios. Hay que tener en cuenta un lema de los dominicos: *Contemplata aliis tradere* (contemplar y llevar a otros lo contemplado).

El hombre es el animal racional. Se da la distinción entre hombres y mujeres, que tiene un sentido substancial, aunque no específico. Además en el hombre, en la persona humana, se establecen distintos accidentes. Señaladamente, distintos principios operativos, como la inteligencia, la voluntad, la imaginación, etc. que tienen mucho que ver con la conquista de la

perfección humana. El P. Fr. Alberto García Vieyra era un varón; y lo era claramente. Y destacaba su condición racional, particularmente su inteligencia. Hay personas que niegan la existencia de la inteligencia, confundiéndola con algún sentido interior, o con algún otro aspecto de la realidad o de la ideología. Así se animalizan o se disminuyen. Esto no pasaba con el Padre García Vieyra; sino que el mismo se daba perfectamente cuenta de la realidad de la inteligencia, y de la superioridad, distinción y trascendencia de la misma. Y algo semejante, con respecto a la voluntad y libertad. Así que su conciencia percibía mucho lo humano; y en esto se ayudaba, sin duda, con los conocimientos recibidos en la Facultad de Medicina.

El hombre cristiano recibe de Dios distintos dones sobrenaturales de gracia. Con los cuales se constituye como hijo adoptivo de Dios. Señalamos: la gracia santificante, en la esencia del alma. Las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, en las potencias del alma. Entre las virtudes sobrenaturales, las teologales: fe, esperanza y caridad. Y entre las morales: las cardinales prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Los dones del Espíritu Santo son siete: intelecto, sabiduría, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios. Por la gracia santificante, las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, los hijos adoptivos de Dios se desarrollan espiritualmente, crecen y se acercan a Dios. Para ello, deben ejercitarse en los actos de estas sobrenaturales virtudes y dones. Ejercicio que requiere también, diversamente, la génesis y el desarrollo de las virtudes naturales. Y además deben acercarse a los sacramentos y, particularmente, tener esmero en la vida de oración. Hay que tener en cuenta, que la oración tiene un ámbito de acceso a la misericordia divina, que excede un tanto los marcos meritorios de la caridad.

En los cristianos se dan también las llamadas gracias gratis datae (carismas): fe, palabra de ciencia, palabra de sabiduría, operación de virtudes, gracia de curaciones, profecía, discreción de espíritus, interpretación de sermones, don de lenguas. (4). Estas gracias se distribuyen, por Dios, diversamente, entre los fieles, y directamente, no son para la santificación personal, sino en orden a la utilidad común.

Entre las virtudes teologales, el P. García Vieyra se destacaba especialmente por el ejercicio de la fe y de la caridad.

El P. Alberto García Vieyra tenía la virtud teologal de la fe, de una manera acentuada, realista, amorosa e intensa, en dirección a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; al misterio de la encarnación

redentora de Cristo; a la Virgen Madre de Dios, a la cual consideraba como corredentora del género humano; a la Iglesia. Y tenía a la fe, no solamente para él, sino también para comunicarla.

Destacaba esta fe, no sólo en el aspecto de su luminosidad, sino también en el aspecto de su oscuridad. De allí le brotaba un profundo sentido del realismo y del misterio. La oscuridad del misterio era para él, en su indagación intelectual, como una puerta cerrada en Dios o en las creaturas, que lo invitaba a detenerse en cierto modo, para poder seguir adelante de otro modo. Tratando de superar a la puerta cerrada u oscura, en orden a lo insondable, por medio de otros recursos sobrenaturales distintos de la claridad conceptual que hasta esos momentos tenía. Sobre todo por medio de la oración, del amor a Dios y de la eucaristía. En la expectativa de una intervención divina que le permitiera superar los obstáculos, particularmente mediante el avance inspirado de la iluminación de los dones del Espíritu Santo, o el más modesto de la iluminación teológica.

Esto le daba una condición de testigo de la verdad divina. Y por eso tenía una elevada condición a favor de la comunicación de la verdad divina, por encima de las oposiciones extrañas e incluso de sus defectos personales. Era reconocido como un transmisor de lo sagrado.

La condición elevada de su fe, compenetrada con la caridad y en unión con Dios, más la condición realista y particularmente personalista de su inteligencia, cultivada con la Filosofía, en una Orden intelectual, como es la Orden de S. Domingo, lugar de liturgos y de maestros, le proporcionaban un ambiente favorable para el cultivo de la Sagrada Teología, que él abrazó, desde joven, y ejerció con sacrificio. Su Teología Sagrada tenía en él, las condiciones requeridas en orden a su identidad como tal. En todas partes era reconocido como un teólogo. Era un teólogo tomista en sentido estricto. Y fue reconocido, por muchos, como Maestro, a pesar de no haber recibido ese título en el orden académico.

Siguiendo las indicaciones de la Iglesia y a ejemplo de Santo Tomás de Aquino, fue un gran lector e intérprete de la Sagrada Escritura. Se dio cuenta de las fallas de la exégesis naturalista y subjetivista que se basa en indebida proporción en las llamadas ciencias modernas, como la filología, la arqueología, etc. y las ideologías en boga, etc., dejando en la penumbra y en el olvido el contenido divino de la revelación, y por ende el ejercicio de la fe y el recurso a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia. Como se hizo siempre en la Iglesia, sobre todo por obra de sus grandes santos y doctores, él unía la exégesis y la Teología a la Sagrada Tradición, al Magisterio

de la Iglesia, a la caridad, a la oración y en general a la práctica cristiana, incluyendo o tratando de incluir una consideración reposada y crítica de los conocimientos contemporáneos.

Además de S. Tomás de Aquino, en Filosofía había reflexionado especialmente sobre Max Scheler. Apreciaba mucho a los comentaristas de S. Tomás: Capreolo, Cayetano, Báñez, Juan de S. Tomás, Norberto del Prado, Santiago Ramírez, Reginaldo Garrigou-Lagrange, Manuel Cuervo, etc.

Admiraba a los Padres del desierto. Leía y amaba las figuras señeras de Santa Catalina de Siena, S. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz. Su vida espiritual, anclada en la Trinidad, la encarnación redentora de Cristo, en la Virgen del Rosario, S. Domingo de Guzmán y S. Tomás de Aquino, se completaba mucho con la enseñanza de estos santos. Tenía mucha devoción a San Martín de Porres

Criticaba a Guillermo de Occam, a Jacques Maritain, a los teólogos Congar, Chenu, Schillebeeckx, Karl Rahner, Teilhard de Chardin, H. Küng .

El P. García Vieyra era un hombre caritativo. Esto se percibía especialmente en el cumplimiento de sus deberes de sacerdote, particularmente en su devota celebración de la Misa y en las confesiones que recibía; en la entrega a su vida religiosa dominicana, con la práctica de los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, la oración y la vida regular; en su preocupación por la predicación oral y escrita; en su dedicación a los pobres y a los enfermos. Sin duda que los contactos con la gente sencilla del campo y su temprana vocación a la medicina, lo habían favorecido mucho, en este sentido.

No sólo se ejercitaba en el aspecto positivo de la caridad, fundamentalmente en el amor a Dios y al prójimo; sino también en el aspecto negativo de la misma, en cuanto rechazo de lo que se opone a Dios y más especialmente, en cuanto rechazo del pecado. Tenía muy en cuenta el misterio de la Redención de Cristo. Esto lo llevaba a tener dificultades, en el orden individual y social; inclusive dentro de la Iglesia y de la Orden. A ciertas personas les gustaría tener sus pecados y errores, sin oposición alguna; y esto es muy peligroso. Cuando se les dice la verdad de salvación, se pueden molestar mucho. Y hay distintas claridades y obscuridades en las mentes, que inclinan a distintas formas de proceder.

Era un hombre fuerte. Sobre todo en el sentido espiritual. Era de esos argentinos que heredaron, de lo mejor de España y de muchas tribus indias, la virtud de no achicarse ante nadie. El se

apoyaba en Dios y en la Virgen, decía lo que pensaba, propiamente o de modo metafórico; y seguía para adelante.

Era un hombre sencillo y humilde. Con esa cuota de servicio que requiere Cristo a aquellos que quieren imitarlo, en su misión divina en el mundo. A lo largo de su vida sacerdotal, se lo vio con frecuencia por los barrios pobres, llevando una voz de aliento y un alimento celeste para la gente postergada. En Santa Fe, trabajó especialmente en el Barrio de La Loma y fue Capellán del Hospital italiano. También estuvo en la Asociación misionera argentina dominicana (Amad).

Sin duda que tuvo algún influjo divino, por medio de la inspiración correspondiente a los dones del Espíritu Santo. Ante todo, me parece cierto influjo del don de intelecto; por la especial claridad y sencillez, que tenía en su percepción sobrenatural de los misterios. También del don de sabiduría, por su tendencia y gusto por estar con Dios y con la Virgen, y para juzgar de las cosas en esa perspectiva. Algo del don de fortaleza, para afrontar un período de la existencia humana y de la vida de la Iglesia, preñado de dificultades, en donde tuvo que asumir una cierta jefatura y las responsabilidades de duras luchas. También el don de temor, que está en el principio de la sabiduría; y que, me parece, le servía bastante para ayudarse a escapar de los pecados.

Entre los dones carismáticos, cierto aporte del sermón de sabiduría, en consonancia con el don del Espíritu Santo correspondiente. Este don le ayudaría en su expresión escrita, que era muy buena. Y le resultaría necesario para superar dificultades naturales en la expresión hablada, como la poca potencia de la voz y, con el tiempo, el desgaste. También, la interpretación de sermones para poder leer lúcidamente a los grandes autores del cristianismo. Cierta don de profecía para leer los tiempos de la Iglesia, en las perspectivas del futuro y de la eternidad. Cierta discreción de espíritus, para percibir las maquinaciones diabólicas en el orden eclesial. Hay que tener en cuenta que entre los dominicos se suele dar, una afinidad con el don de profecía, entendido en un sentido amplio, esto es, englobando a todos los dones carismáticos de conocimiento.

Considero que su vida, no fue fácil. La fuerza de los restos del pecado original, a veces se dejaban sentir en él. Por ejemplo, en alguna aptitud para el enojo. Claro que también Cristo a veces se enojaba, con enojo santísimo. Al final de su vida estando en Santa Fe, cayó bajo cierta depresión y había que apoyarlo. Sentía mucho las heridas de la Iglesia; la decadencia de la Escolástica y del tomismo; los avances dominantes del llamado progresismo; el debilitamiento de las clases dirigentes, en la Iglesia y en el Estado; la virtual disolución de la cristiandad en el mundo.

Tuvo siempre fidelidad, no exenta de lucha contra las tentaciones, en su vida religiosa y sacerdotal. Un familiar suyo me manifestó, que el Padre, alguna vez, siendo ya dominico, se preguntó sobre si su vocación, en realidad, no sería para ser benedictino. Que estuvo dudando un tiempo -no demasiado-. Pero que al final, le manifestó que su vocación era auténticamente dominicana.

Celebraba diariamente la Misa y estaba siempre abierto a la recepción de confesiones. Desconfiaba de los sacerdotes que huían de la confesión de los fieles. Predicaba con frecuencia. Particularmente sacaba a relucir los temas de la Redención, de la Virgen, de la gracia, de las virtudes, de los pecados. Se alimentaba espiritualmente de las lecturas sagradas y meditaba con frecuencia. Pero me manifestó que lo atraían también las historias de policías y gánsters.

En música religiosa estaba muy a favor del canto y música gregorianos. No cantaba bien. Pero si lo hacía, trataba de no desentonar... Tenía admiración por Beethoven, gustaba del folklore nacional y, en algún sentido, del tango.

Su figura queda para la historia. Tenía en la Argentina un perfil público equivalente al de los Padres Leonardo Castellani, y Julio Meinvielle. También se lo podría comparar con Monseñor Octavio Nicolás Derisi y con el P. Fr. Mario José Petit de Murat. Se trata de sacerdotes intelectuales, que han dejado una honda huella cristiana, con prolongación en el tiempo y en la eternidad..

El P. García Vieyra tenía su corazón puesto en los misterios del Cristo Redentor y de la Virgen Madre, Nuestra Señora del Rosario. Y se preocupaba mucho por la vigencia de Cristo Rey y en contra de los avances del llamado progresismo.

En las discusiones suscitadas durante la Pasión de Cristo, se trataron como temas fundamentales: si Cristo es el Hijo de Dios, si Cristo es Rey. Cristo respondió de una manera positiva a las dos interrogaciones. Y lo siguieron los cristianos. Sus enemigos lo negaron y tuvieron sus continuadores.

En los tiempos modernos, la ponencia de la incredulidad entre las clases supuestamente cultas y en los mismos pueblos, llevó a muchos, no sólo a la negación de Cristo como Hijo de Dios, sino también como Rey.

Muchos cristianos se plegaron al menos de facto a esta negación de Cristo como Rey. Si no en un sentido total, al menos en cuanto a la condición temporal de esa realeza. De manera que particularmente los gobernantes y los pueblos, quedaban sin una referencia y subordinación a

Cristo como a Rey. Así la venida del Hijo de Dios al mundo, prácticamente, para la subjetividad de muchos, quedaba como sin vigencia en muchos planos importantes de la existencia (orden político, económico, vida social, leyes, etc.). En el mundo, en este tiempo, y según esta mentalidad, el vacío de Dios y de su Cristo en el orden público, arrastra cada vez más hacia la idolatría y hacia una anticipación del infierno. Como causas de esta actitud se pueden mencionar la Revolución francesa, tendencias de la globalización contemporánea, el pluralismo supuestamente sin fundamento en la unidad, el debilitamiento de la fe, las ideologías. Total, que al presente nos encontramos que en el mundo casi no hay políticos, economistas, militares, etc. católicos.

En la Argentina, muchos cristianos se dieron cuenta de la gravedad de la negación total o parcial de la condición de Cristo como Rey. Entre ellos, especialmente, el P. Fr. Alberto García Vieyra. Y en la afirmación de Cristo Rey encontró una característica importante de su misión cristiana, en el mundo.

Entendemos por progresismo un movimiento teológico muy abierto a las ideologías y gustos del tiempo moderno, en detrimento particularmente de la Escolástica, de la Teología tradicional, de las posiciones tradicionales de la Iglesia y aún de la Tradición misma. El progresismo tiene una tendencia universalista, en el sentido de que toca o puede tocar todas las posiciones religiosas ya establecidas. Por esa vía, fácilmente se concluye, en una rotura de la identidad, en el tiempo y en el espacio, de la Iglesia. Y aún en el cambio de religión.

Muchos teólogos y sacerdotes en el mundo se sintieron tocados del espíritu progresista. Y avanzaron con vigor, no sólo en contra de las posiciones contrarias; sino también de las personas mismas que sustentaban las tesis contrarias. Y como en muchos lugares obtuvieron un predominio, se dio un gran sufrimiento en la Iglesia. E incluso una gran decadencia en la Iglesia; que se quiso ocultar, pero que cada vez sale más a flote. Es el “humo de Satanás” de que hablaba Pablo VI.

La lucha por la legítima tradición cristiana tuvo al P. Fr. Alberto García Vieyra, como a uno de sus abanderados en América. Y en sus predicaciones y escritos, siempre esta preocupación estuvo presente.

En relación con esto, cerca del final de su vida, me dijo una expresión emblemática: “La Iglesia de Congar, Chenu, Schillebeeckx, K. Rahner, Teilhard de Chardin, tiene que fracasar”. Pienso

que esta expresión, manifestada luego de mucho tiempo y de mucha meditación es expresión precisa de su pensamiento especulativo y práctico. Y que Dios dará su veredicto en el tiempo.

Sin duda que muchas de las posiciones tradicionales, en cuanto a doctrinas y a personas han caído. El mismo P. Fr. Alberto García Vieyra fue puesto a un lado, en el mundo eclesiástico, aunque se le reconociera una seriedad, e inclusive, una cierta bondad. Pero no hay que asustarse demasiado con las derrotas. Hay que pensar que la Pasión y Muerte de Cristo, tienen mucho de derrota y de expresión de la “debilidad” de Dios. Pero que después se dio el triunfo definitivo en la Resurrección gloriosa. En el caso del P. Fr. A. García Vieyra y de quienes se opusieron y se oponen a la negación de Cristo Rey, con la afirmación de Cristo Rey; hay que esperar el triunfo de Cristo Rey. Y de manera semejante en su oposición al progresismo teológico con la afirmación de la Tradición, junto a la S. Escritura y al Magisterio de la Iglesia; hay que esperar una reafirmación de la identidad de Cristo y de la Iglesia, y particularmente del realismo filosófico y teológico, anclado en Dios y en la creación. Hay que esperar una nueva reafirmación del Papado, por encima de las tendencias conciliaristas. Y una lectura meditada de los grandes maestros y doctores del cristianismo: San Atanasio, San Agustín, S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo, San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino, etc.

El P. Fr. Alberto García Vieyra nunca quiso emerger demasiado, en lo que hubiera sido una actitud soberbia. Siempre se sometió a la Iglesia.

Intelectualmente, siempre aceptó la superioridad teológica y filosófica de S. Tomás de Aquino, sobre él mismo y sobre cualquiera de los grandes Comentaristas de la Escuela Tomista.

Tuvo bastante conocimiento y relación con amigos lefebristas. Percibió que bastantes de sus críticas eran razonables. Pero se mantuvo con el Papado. Me manifestó, que él nunca hubiera dado un paso que lo condujera a la excomunión.

Estuvo siempre en contra del llamado Movimiento de los Sacerdotes para el Tercer Mundo, que en la Argentina fue como una forma de la Teología de la Liberación. Percibía que la dialéctica marxista, no podía aportar ni verdades, ni soluciones al cristianismo y a los pueblos.

Estuvo en contra de la llamada “violencia revolucionaria” y de sus implicancias clericales. Era un defensor del estado de derecho, según Dios y la ley natural, en una perspectiva cristiana. Pero no era un pacifista a ultranza. Se daría cuenta de que en los excesos del pacifismo, hay una excusa objetiva para ahorrarse molestias en la justa y misericordiosa defensa de los débiles.

En Santa Fe, formó un grupo de amigos al que dio el nombre de “Los inmortales”. En las reuniones comían “a la canasta” y hablaban, seriamente, sobre todo de religión, de política, de economía e incluso de guerra. Entre otros estaban los Señores Juan M. Collins, Efrén Lastra, Eduardo Wernly, Serafín Kerz, Coronel Paz, Gilberto Beltramino, Eliseo Mussio, Dalmiro Saux, etc. También yo asistía con otros integrantes del Convento. Varios de esos “inmortales” ya fallecieron. Hacían reuniones que tenían su elevación, su encanto y su fruto. Mantenían “un fuego espiritual sagrado”, en la ciudad de S. Fe.

¿Con qué podríamos comparar al P. Fr. Alberto García Vieyra O.P.? Yo lo compararía con un manantial fluyente de las sierras de Córdoba. Con una pequeña brisa fresca que socorre en el verano. Con un cactus florido de un alto valle del noroeste argentino. Con un cóndor, volando solitario en las alturas. Con un poncho rojo y federal, para cubrirse en el invierno, Me trae el recuerdo de S. Juan Bautista, en el desierto.

Sus restos mortales descansan en la Iglesia Nuestra Señora del Rosario, del Convento de Santo Domingo de Santa Fe. En una cripta que se encuentra entre el altar principal y el retablo central de la Iglesia. Allí esperan la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo y la resurrección gloriosa de la carne.

NOTAS

- (1) Cf. P. Fr. Rubén González: “R.P. Lector y Doctor Fray Alberto García Vieyra”, en Orden de Predicadores. Provincia Argentina de San Agustín. Actas del Capítulo Electivo celebrado en Buenos Aires. Convento de San Pedro Telmo. Del 28 de agosto al 17 de septiembre 1987, Reseña biográfica de los frailes recientemente fallecidos, p. 3-5
- (2) P. Fr. Rubén González O.P. ib. p. 4-5
- (3) Ib.
- (4) Cf. Sagrada Biblia, ed. Nacar-Colunga de la BAC, 1955, I Cor 12, 8-11

P. Fr. Marcos Rodolfo González O.P.

Santa Fe, (Argentina), noviembre 25 del 2009. Convento de S. Domingo de Santa Fe.

Doc. Id.: L.E. 7069263.

Dom.: 9 de julio 1491. S 3000 FMG Santa Fe. Tf. 4593818.